



www.edicionesera.com.mx

José Emilio Pacheco

Jorge Luis Borges



Prólogo en Toledo: Borges y don Juan Manuel

.....

En cuanto tuvieron el uso de la palabra, nuestros ancestros más lejanos, reunidos en torno al fuego ante la boca de la caverna, se dieron a contar historias. El cráneo de muchos fósiles humanos tiene la deformación propia de la persona habituada a escuchar con la cabeza hundida en la palma de la mano. Los golpes que se aprecian en muchas calaveras prehistóricas se deben, de acuerdo con E. M. Forster, a que el auditorio daba muerte al narrador si se aburría con el cuento.

La narración oral aparece en todos los pueblos, aun entre aquellos carentes de escritura. Sin embargo, es el género que tardó más en encontrar expresión gráfica. A tal punto la gente estaba acostumbrada a contar y escuchar cuentos que no les daba mucha importancia.

Siempre se ha relacionado la literatura con lo solemne. La historia podía y debía escribirse con el mismo derecho que la lírica y la épica, el drama y la reflexión filosófica. Para que los cuentos tuvieran el privilegio de la letra fue necesario ponerlos al servicio de la religión. A pesar de su antigüedad y perdurabilidad, el cuento y su hermana mayor –o su hija–, la novela, no adquieren plena respetabilidad literaria hasta el siglo XIX. Son, en este sentido, géneros de una juventud tal que tienen la vida por delante. Quizá lo mejor de su historia aún pertenece al porvenir.

Cuando Toledo se convirtió en capital de Castilla convivieron en la ciudad españoles, árabes y judíos. La Escuela de Traductores toledanos comunicó a Europa la tradición griega aniquilada por las invasiones bárbaras y recogida y filtrada por los árabes. Al mismo tiempo le dio la ciencia, la filosofía y la literatura de Oriente. Allí empezaron a cuartearse las paredes del mundo feudal y Europa se puso en movimiento. Sin aquel Toledo no existiría el mundo contemporáneo.

Fernando III, el Santo, rey de Castilla, impuso como lengua oficial en sus dominios el idioma que hasta entonces era, como dice Antonio Alatorre, “un pequeño dialecto arrinconado”. Su hijo, Alfonso el Sabio, reinó de 1252 a 1284. Fue autor o editor, en el sentido inglés del término, de la *Primera crónica general*, de *General e grand estoria* y de *Las siete partidas*. Mandó traducir *Calila e Dimna* y el *Sendebâr* (también llamado *Syntipas*), cuentos árabes de origen hindú, con un título tan misógino como su contenido: *Libro de los engaños e los asayamientos de las mujeres* (“asayamientos” quiere decir astucias).

Antes había habido cuentos escritos pero en latín. Un judío aragonés, Pedro Alfonso o Moisés Sefardí, tradujo algunos de ellos y los designó *Disciplina clericalis*, es decir “enseñanzas para doctos”, para quienes sabían lectura y latín.

EL FUNDADOR DE LA FICCIÓN EUROPEA

Nieto de Fernando el Santo y sobrino de Alfonso el Sabio, don Juan Manuel no perteneció a la Escuela de Traductores de Toledo, pero como toda gran época literaria está precedida por una gran temporada de traducciones, don Juan Manuel y su contemporáneo el Arcipreste de Hita, que es-

cribió *El libro de buen amor* y a quien se supone nacido en 1283, resultaron los beneficiarios de las empresas culturales alfonsinas.

Don Juan Manuel (1281-1348) no fue un clérigo sino un militar noble socialmente desplazado, lo cual siempre ha sido un estímulo para escribir ficción. En realidad, ni siquiera le correspondía el título de infante, pertenencia de su padre. Desde niño lo adiestraron en las humanidades y en la guerra. A los doce años ya era adelantado (gobernador civil y militar) de Murcia y fue corregente de Castilla. Se casó con dos princesas de Mallorca, actuó como tutor del príncipe que iba a ser Alfonso XI y más tarde luchó contra él y quiso unirse al rey moro de Granada.

Como en tantos otros, en don Juan Manuel no es fácil separar la política de la delincuencia impune. Fue rico y poco escrupuloso y también quiso llevarse su dinero del otro lado (con los árabes). En todo caso, lo importante es que hacia 1330 se encerró a escribir y cinco años después terminó *El conde Lucanor* y se convirtió en el primer cuentista europeo. Boccaccio inició el *Decamerón* trece años después, en 1348. Desde luego Boccaccio es un narrador más grande que don Juan Manuel, y *El conde Lucanor* parece primitivo frente a la *Divina comedia* (1307-1319).

Lo que nadie puede negarle al adelantado mayor de Murcia es haber sido el primero que escribió ficción en lengua vernácula o romance. Por tanto, fundó la narrativa europea de imaginación y al mismo tiempo la prosa castellana. *El conde Lucanor*, primera obra original escrita en ella, fija como sus características y normas supremas la claridad y la concisión (emplear “las menos palabras que puedan ser”). A diferencia de nuestra poesía, nuestra prosa no tuvo infancia.

Hoy los libros se publican al poco tiempo de haber sido escritos. Antes no ocurría así. *El conde Lucanor* no se imprimió hasta dos siglos después, en 1575, gracias al historiador Gonzalo Argote de Molina. Fue el único libro medieval castellano leído por los autores del Siglo de Oro. Ellos no tuvieron lo que ahora podemos leer en ediciones de bolsillo. Tampoco don Juan Manuel dispuso de los clásicos grecolatinos, destruidos por las invasiones nórdicas y preservados incommunicablemente en Bizancio y en algunos monasterios. El libro de don Juan Manuel alcanzó una inmensa influencia en la literatura europea. En 1575 la lengua dominante era el castellano y España era el país que enseñaba a escribir a los demás.

Si para el criterio actual *El conde Lucanor* es un libro de cuentos, don Juan Manuel no emplea este vocablo. Sus contemporáneos hablaban de “ejemplo, fábula, apólogo, proverbio, hazaña”. Cervantes llama “novela” a toda narración imaginaria escrita y “cuento” a la oral. Quién sabe qué se propuso hacer don Juan Manuel. Lo que ahora leemos es nada más la primera de cinco partes, las cuatro restantes no son de índole narrativa.

Otras cosas que asombran en este señor de horca y cuchillo son su delicadeza y su tolerancia. No es enemigo de las mujeres como era lugar común en la literatura de su tiempo, trata bien a árabes y judíos, respeta a los pobres y a los magos en una época de feroz persecución; escribe para “omnes et mugeres” en su lengua, no en latín; no se dirige a los clérigos sino a quienes vislumbra como público: “las gentes que non fuessen muy letrados nin muy sabidores”.

Quizás *El conde Lucanor* fue concebido originalmente con tres objetivos: primero, servir como instrumento para la edu-

cación de los poderosos mediante consejos para manejar los asuntos del Estado. Segundo, ser un *I Ching*, un libro-brújula, un oráculo que contuviera todos los conflictos a que podamos enfrentarnos y exijan una decisión. Tercero, constituir una antología del cuento universal, sobre todo árabe, pero también búdico, esópico, romano, cristiano, crusádico, monástico y popular castellano. No hay un solo argumento original en los relatos: la invención está en la forma de contarlos y en el cuidadoso estilo.

Borges ha creado a sus precursores. Estos cuentos ajenos que se vuelven propios recuerdan la *Historia universal de la infamia* (1935). Como homenaje, guiño o comprobación del vínculo, en la sección “Etcétera” Borges reescribe la historia manuelina de don Illán de Toledo (“El brujo postergado”). Antes de él la habían empleado Juan Ruiz de Alarcón (*La prueba de las promesas*) y Azorín (“Don Illán, el Mágico”, en *Los valores literarios*). Borges añade que el cuento castellano deriva de un libro árabe: *Las cuarenta mañanas y las cuarenta noches*. Sean cuales fueren sus antecedentes, se trata de uno de los mejores cuentos fantásticos de la literatura española. Si se comparan las versiones será difícil resolver cuál es superior.

LA POSTERGACIÓN DE LAS PROMESAS

Un deán (el eclesiástico que en una catedral preside la comunidad de los canónigos cuando está ausente el obispo) llega a Toledo para que don Illán le enseñe el arte de la magia y lo encuentra leyendo en una habitación apartada. Don Illán le dice que tiene buen porvenir y teme ser olvidado luego por él. El deán le contesta que siempre se acordará del favor y estará siempre a sus órdenes. Don Illán ordena a

la sirvienta que prepare perdices para la cena, si bien no debe asarlas hasta nueva orden.

Por una escalera ambos descienden hasta un lugar bajo el lecho del río Tajo. Revisan los libros de una biblioteca situada junto a los instrumentos mágicos. Entran dos hombres con una carta en que el obispo le comunica al deán que está agonizante y quiere verlo. Él le manda una disculpa por escrito.

Días después llegan escuderos que besan las manos del deán porque ahora es obispo. Don Illán se alegra mucho y le pide un puesto para uno de sus hijos. El nuevo obispo le responde que ha reservado el decanato para su hermano, pero se halla dispuesto a recompensarlo.

Se trasladan a Santiago. Seis meses después el papa le confiere el arzobispado de Tolosa al antiguo deán. El mago le recuerda su promesa y le implora dejar como sustituto a su hijo. El arzobispo le comunica que su tío va a obtener ese cargo.

A los tres años de su estancia en Tolosa el arzobispo es ascendido a cardenal por el papa. Don Illán vuelve a suplicarle el título para su hijo. El cardenal de nuevo le contesta que es para otro de sus propios parientes.

Van a Roma. Cuatro años después el cardenal se convierte en papa. Don Illán le recuerda la antigua promesa y le pide que haga cardenal a su hijo. Su Santidad lo amenaza con la cárcel, pues bien sabe que es un brujo y en Toledo ha sido profesor de artes mágicas. Don Illán le ruega que le dé algo para comer durante el camino de regreso a España. El papa se niega y entonces don Illán le dice: “Pues tendré que comerme las perdices que encargué para esta noche”.

El papa ya no es el papa sino apenas deán y está de vuelta en la celda subterránea de Toledo. Se avergüenza tanto de su ingratitud que no atina a disculparse. Don Illán le nie-

ga su parte de las perdices, lo acompaña hasta la calle, le desea feliz viaje y lo despide con gran cortesía.

TRESCIENTAS RESES PARA UN PERGAMINO

Cuentos que se nutren de cuentos y engendran otros cuentos... Ramón Menéndez Pidal dice que el cuento es el género emigrante: cada autor puede repetir y transmitir a su manera estos relatos anónimos y colectivos de incesante reelaboración. Las narraciones de don Juan Manuel provienen sobre todo del *Panchatantra* sánscrito, y pasan por Persia, Esopo, Plinio, los Evangelios, *Las mil y una noches*. De España se difunden al resto de Europa y de Europa llegan a toda América. Temas de *El conde Lucanor* reaparecerán en Cervantes, Shakespeare, Calderón, Alarcón, las fábulas del siglo XVIII, Goethe, Borges...

Sin embargo, para don Juan Manuel el cuento era medio y no fin. Sentía la obligación de darle al simple placer del texto, al puro goce de narrar, una envoltura didáctico-moral que ya no existe en Boccaccio. Porque acababa de descubrirse el adelanto tecnológico que volvió posible el comienzo de la ficción escrita. Antes de ese momento para hacer un solo libro en pergamino era preciso matar trescientas reses. Algo tan increíblemente caro debía reservarse para la religión y el latín.

Hacia 1200 los árabes lograron reproducir el procedimiento chino y fabricar papel en Játiva, Valencia. Para la época en que escribió don Juan Manuel ya se elaboraba papel en Italia y se vislumbraba, lejana pero cierta, la posibilidad de sustituir el pergamino y abaratar los libros. De modo que podía pensarse ya en la imprenta y en una literatura que no sirviera a la religión sino al disfrute y al entretenimiento.

En otro mundo muy diferente Borges duplicó la hazaña de don Juan Manuel. Las consecuencias para la narrativa de todo el planeta fueron incalculables. Aún no acabamos de medirlas.